

---

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin, Pbro. Augusto Zampini, Pbro. Andrés Di Ció, Arq. Adolfo Mazzinghi.*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,  
Mons. José Rovai (Córdoba), Prf. Dr. Raúl Valdez  
Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña  
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

<i>Luis Baliña</i>	<b>3</b>	<b>Editorial: rol cultural del testimonio</b>
<i>Martín Grassi</i>	<b>9</b>	<b>Hermenéutica y metafísica del testimonio</b>
<i>Francisco Bastitta Harriet</i>	<b>21</b>	<b>Compartir desde la fragilidad: testimonio y fuente de alegría verdadera</b>
<i>Paola Delbosco</i>	<b>27</b>	<b>Ser madre</b>
<i>Adolfo Mazzinghi</i>	<b>31</b>	<b>Johannes Vermeer de Delft: El pintor como testigo</b>
<i>Robert Vorholt</i>	<b>43</b>	<b>Testimonio y martirio</b>
<i>Andrés Di Ció</i>	<b>55</b>	<b>El escándalo: del anti-testimonio al testimonio</b>
<i>Emmanuel Housset</i>	<b>67</b>	<b>Dar testimonio y recibir el testimonio</b>
<i>V. Neckebrouck</i>	<b>79</b>	<b>Testimonio de la palabra y testimonio de la vida</b>
<i>Mariana C. Facciola</i>	<b>91</b>	<b>Reflexiones desde los márgenes</b>
<i>Philippe Richard</i>	<b>95</b>	<b>Bernanos, el sacerdote y la comprensión de la piedad</b>

# COMPARTIR DESDE LA FRAGILIDAD: TESTIMONIO Y FUENTE DE ALEGRÍA VERDADERA

*Francisco Bastitta Harriet\**

*“Lo que hemos visto y oído lo anunciamos a ustedes, para que también ustedes estén en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Nosotros escribimos estas cosas para que nuestra alegría sea colmada.” (1 Jn 1, 3-4)*

Si nos es tan difícil tocar nuestra propia fragilidad, aceptar nuestras heridas y limitaciones, ¡mucho más lo es compartirlas con otros! ¿Qué necesidad? ¿A quién se le ocurre? A los demás hay que decirles cosas lindas, interesantes, constructivas, que nos hagan quedar bien, o mejor no decir nada. Todavía hoy estas ideas o miedos me acechan y condicionan mis relaciones con los demás. Pero si miro detenidamente el curso de mi vida, encuentro que los momentos de mayor plenitud y felicidad tuvieron que ver con mostrarme frágil, con recibir al otro en toda su vulnerabilidad.

Considero que no puedo hablar de testimonio y de fragilidad si no pongo sobre la mesa mis experiencias. Les ruego me permitan entonces empezar compartiendo una de ellas, muy reveladora para mí, que tuve a los 19 años, cuando asistí como voluntario a la pere-

---

\* Licenciado en Filosofía (Gregorio de Nysa),. Profesor de Filosofía. Casado, tres hijos. Vicedirector de Communio.

grinación de enfermos a Luján. Era el segundo año que iba, y me habían puesto a cargo de un grupo de chicos y chicas con deficiencia mental. Muy impresionable desde chico, me daba mucho miedo la responsabilidad que me habían asignado y la manera en que se daría el trato con los chicos. Sin embargo, desde que empezaron a subir con sus enormes sonrisas al colectivo que nos llevaba, mis miedos fueron desapareciendo.

Cantamos canciones en el viaje, aplaudimos. El entusiasmo de los chicos era arrollador. De a poco me fui sintiendo más seguro, más confiado. Llegamos a la Basílica de Luján. La organización estaba muy cuidada. Ubicamos al grupo para participar de la misa. El clima era de mucho silencio y alegría. Después vino el almuerzo: servir la comida, acompañarlos, las bromas, las risas, el baile improvisado. Yo estaba muy cómodo y contento, satisfecho con mi aporte y sorprendido por la calidez de mis nuevos amigos y amigas, por el clima de fiesta. Mi expectativa estaba más que cumplida. No faltaba nada más. De hecho, hicieron el llamado por altoparlantes para el almuerzo de los voluntarios, previo a la bendición de despedida. No faltaba nada... ¿o sí?

Mientras caminaba victorioso hacia el lugar de descanso, una mano se posó sobre mi hombro. Era una señora de mediana edad. Me preguntó por los baños. “Están por ese lado, señora”, le señalé, con una gran sonrisa. Ella me explicó que sabía que estaban ahí, pero que necesitaba que acompañaran a su hijo al baño de varones. Miré alrededor, buscando a los voluntarios que se ocupaban de eso, pero no vi a nadie. Pero la incipiente llama benefactora en mi interior me impulsó a decir: “Yo voy, señora”, y la seguí.

Cuando llegamos adonde estaba su hijo quedé completamente paralizado. Era un chico de unos doce años, cuadripléjico, sentado en su silla de ruedas. Su cuerpo estaba contraído y sus brazos, plegados y entrecruzados a la altura del pecho. Su cabeza estaba levemente torcida y miraba hacia arriba, con la boca y los ojos bien abiertos. Yo sentí terror y hasta repulsión. Si lo hubiera visto unos minutos antes hubiera sentido pena por él, pero ahora tenía que enfrentarme con él, tocarlo, ayudarlo. Decía que quedé paralizado, pero adentro mío

## *Compartir desde la fragilidad: testimonio y fuente de alegría verdadera*

había una revolución. Pánico, impotencia, furia, una furia violenta: con la situación, con la madre, con el chico, conmigo mismo. ¿Cómo había terminado frente a ‘eso’? ¿Quién me había mandado a estar ahí parado en Luján un sábado? ¡Podía estar tranquilo en mi casa descansando o mirando la televisión! Se levantaron en un instante un sinnúmero de barreras a mi alrededor.

Y de repente, algo cambió. En medio de mi desesperación, miré de nuevo los ojos del chico. Pero esta vez lo vi. Lo vi a él, digo, que me estaba mirando. Es muy difícil describir o explicar lo que sentí después. En primer lugar, alivio. Y una sensación muy cálida en el pecho. Fue como si hubieran caído en un parpadeo todas mis barreras interiores. Se me abrieron los ojos y el corazón. Era un sentimiento profundo de presencia, de paz, ¡de alegría! Sonreí y lo abracé, como si fuera mi hermano. Lo hubiera llevado en andas de vuelta a su casa si hubiera podido.

## *De la suficiencia y el aislamiento al compartir*

Con el tiempo, tomé conciencia de que lo que me aterraba en ese chico era mi propia fragilidad, la posibilidad de ser ignorado, rechazado o lastimado por los demás. Tenía pánico de mi propio cuerpo, de la imagen herida de mí mismo, de todo lo que me daba vergüenza y culpa en mí mismo, incluso de manera inconsciente. ¡No quería que nadie viera eso en mí! Él me dio un verdadero testimonio en su cuerpo tan débil, en su vulnerabilidad y transparencia. Despertó en mí un fuerte sentimiento de comprensión y de amor. De presencia de Dios. Yo siempre había pensado que Dios me buscaría cuando yo estuviera impecable, bien prolijito y peinado a la cachetada, como en mi primera comunión. Pensaba que yo tenía que ser bueno y hacer las cosas bien para que Él quisiera estar conmigo. Pero en Luján, Él me salió al encuentro y me amó cuando yo estaba aislado e impotente, masticando odio y frustración. Esta profunda experiencia de encuentro, entre otras, me ayudó a emprender en mi vida un camino de liberación de mis ataduras psicológicas y emocionales.

Aunque todos fuimos niños pequeños alguna vez, criaturas desnudas e indefensas, aprendimos de a poco a protegernos de un mundo no siempre amigable y muchas veces francamente hostil. Aprendimos las reglas más duras del juego de la vida: los buenos y los malos, los fuertes y los débiles, los exitosos y los fracasados, lo mío y lo tuyo, la soledad del corazón, la violencia, el dolor de sentirnos defraudados o no amados, el miedo a mostrarnos como somos, la necesidad de aparentar, de ser admirados y deseados, o incluso de ser temidos por los demás.

Las barreras defensivas que nos separan son innumerables a nivel consciente e inconsciente. La desnudez original se cubre ahora de bienes y posesiones, de siempre más cosas. La dependencia y la fragilidad se transforman en voluntad de poder, de juzgar, controlar o dominar la vida propia y ajena. La inocente expresividad del deseo, que anhelaba la unión perdida, puede volverse una máquina de consumir placer y satisfacciones momentáneas. Somos extraños los unos a los otros, y tantas veces enemigos en constante amenaza. En cada uno es muy diverso este proceso de progresivo aislamiento.

Gracias a un gran amigo, como un segundo padre para mí, pude empezar a llevar a la práctica en mi vida el compartir desde la fragilidad. Paul, miembro de la Congregación de Hermanos Cristianos irlandesa que fundó el colegio al que asistí, empezó a convocarme a encuentros de oración con otros exalumnos, me invitó a formar un nuevo grupo de misión y más tarde a renovar los retiros del colegio. En él descubrí una espiritualidad diferente, intensa y llena de humanidad. Sentí que podía vivir y encarnar a su lado actitudes que siempre había admirado en otras personas, en el Evangelio, pero que parecían tan distantes para mí: escuchar de corazón, no juzgar a los demás, comprender, compartir mi propia vida.

Me acuerdo de la primera vez que Paul me invitó a dar un testimonio de Sexualidad en un retiro para chicos varones de entre quince y dieciséis años. Yo, que había sido un chico tímido y cerrado durante gran parte de mi adolescencia, que me había sentido lastimado e incapaz de acercarme a una chica por años, pensé que iba a

## *Compartir desde la fragilidad: testimonio y fuente de alegría verdadera*

quedar en ridículo frente a ellos. Pero Paul confiaba en mí. Y yo simplemente seguí las consignas que había aprendido, que hoy llamamos en el colegio “El espíritu del compartir”: hablar de mis experiencias, expresar mis sentimientos, mostrarme frágil...

No me acuerdo si estaba compartiendo el miedo que tenía antes de mi primer beso o cuando descubrí la fuerza de mis celos, pero en un momento me quedé mirando a dos de los chicos que estaban sentados uno al lado del otro. Uno de ellos era más chiquito, con cara aniñada y tímida, que era del grupo menos popular de la clase. El otro era más alto y confiado, se ve que del grupo de los cancheros. Fueron todo un símbolo para mí. El más chico descansaba su cabeza en una de sus manos y suspiraba, me miraba con ojos bien abiertos y con una sonrisa de oreja a oreja. El más grande estaba más serio pero muy concentrado en lo que yo decía, como si estuviera degustando cada sentimiento. Me conmovió mucho mirarlos. Siempre me costó emocionarme, aunque gracias a Dios cada vez menos.

En ese momento los dos chicos eran iguales entre ellos. Quizás en algún lugar les pasaba lo mismo que a mí. No había más grande y más chico entre nosotros, no había mejor ni peor. Me sentí muy acompañado, confortado y comprendido por ellos. Me costaba todavía entender por qué mis miedos y mi fragilidad podían tener algún valor para ellos. Pero estaba feliz, lleno de una alegría que transformaba de a poco mi corazón y me ayudaba a aceptarme como era. Pensé en cuánta verdad había en aquella frase de Pablo: “cuando estoy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12, 10).

### *La alegría de estar juntos*

Podemos tender a pensar que dejando de lado la fragilidad podríamos vivir con más alegría nuestra vida. De hecho, una cierta religiosidad del dolor y del auto-flagelo, la moral del puro deber, tan rígida y deshumanizada, nos ha hecho mucho daño, nos ha aislado aún más de los encuentros de amor y de aceptación que tienen que fun-

dar toda fe auténtica. Pero si contra estas tendencias pretendemos dejar de lado lo que nos hace vulnerables, tampoco estaremos dando un testimonio de alegría al mundo. No encontraremos la verdadera alegría hasta que podamos abrazar nuestra propia fragilidad y las heridas de los demás.

Es lo que hizo el propio Jesús, y hasta las últimas consecuencias. Él enseñó que lo que despreciamos en nosotros mismos y en nuestros hermanos es lo que posee el germen de la reconciliación y de la comunión. Como cuando cita el salmo: “La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en la piedra angular” (Mt 21, 42; Cf. Sal 118, 22). O cuando exhorta a los apóstoles: “Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odien” (Lc 6, 27); o “Deben lavarse los pies unos a otros” (Jn 13, 14). Los alienta a no escapar de la fragilidad propia o ajena, sino a descender a ella como Él mismo lo hizo, para entrar en la comunión.

Esta aceptación de las heridas no es una virtud heroica ni espectacular, sino que es un don y una tarea llamada a crecer lentamente en los vínculos cotidianos de amistad y de familia. Nunca puede ser un proceso terminado. La alegría que surge de ella no es entonces una euforia pasajera. Es un gozo más profundo y radical. Es la risa del niño en los brazos de su madre. Que se sabe y se siente amado tal como es. No es eterno este gozo todavía. Pero tiene huellas de eternidad.

Aquella tarde en Luján, antes de encontrarme con el chico en silla de ruedas, yo me sentía ya pleno y feliz con mis logros y con lo que había vivido. Pero la alegría que surgió en mí cuando cayeron mis bloqueos fue como un río de salvación, como un instante del Paraíso. Es la misma emoción que siento en cada encuentro de corazón a corazón, en cada compartir sincero, cuando se me ablanda el corazón y las lágrimas asoman. Será por eso que Jesús llamó bienaventurados a los frágiles...